

ARQUIDIÓCESIS DE SANTIAGO DE GUATEMALA
VICARÍA DE PASTORAL

PREPARACIÓN ARQUIDIOCESANA

LA PUERTA DE LA FE

Comprensión y asimilación pastoral

(Junto a los Talleres de “Animación Pastoral”, concebidos como preparación para el Año de la fe, bajo el lema “... A LA RENOVACIÓN PASTORAL POR ‘LA PUERTA DE LA FE’”, ofrecemos esta ayuda metodológica, para una mejor comprensión y asimilación de la Carta Apostólica de Benedicto XVI)

Editorial y Librería Kyrios

24 Av. 24-18 Zona 5, La Palmita

Guatemala, Guatemala, C.A.

Tels. (502) 2335-6681, 2335-5756

Email: edikyrios@itelgua.com

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE MOTU PROPRIO

PORTA FIDEI

DEL SUMO PONTÍFICE
BENEDICTO XVI

CON LA QUE SE CONVOCA EL *AÑO DE LA FE*
**AYUDA METODOLÓGICA PARA SU COMPRENSIÓN
Y ASIMILACIÓN**

La fe, una puerta siempre abierta

1. «La puerta de la fe» (cf. *Hch* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. *Rm* 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. *Jn* 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. *I Jn* 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *La fe es como una puerta, que está siempre abierta para que entremos por ella a la vida*
- *¿Cómo cruzamos esa puerta para entrar en la vida?: Por la Palabra de Dios y por la Gracia.*
- *¿A dónde nos conduce la “puerta de la fe?: nos abre la entrada a un “camino”, que comienza con el bautismo, termina con la resurrección y nos introduce en el misterio amoroso de Dios: el Padre que nos envía a su Hijo por amor; el Hijo que nos salva con su entrega; el Espíritu Santo que nos guía, como Iglesia, hasta que el Señor vuelva.*

Interiorizando...

- *Examinamos si realmente hemos entrado ya por la puerta de la fe o estamos sin decidirnos. Puede ser que nos digamos creyentes, pero que no tengamos fe. ¿Parece imposible? Lo es, cuando nos quedamos en cumplimientos de cosas externas y no llegamos a “gozar” de una adhesión personal a Cristo.*
- *Examinamos si la fe nos ha abierto a un camino que recorrer o creemos que nos ha puesto ya en la meta y no progresamos. Ése es, muchas veces, nuestro “pecado”: creernos ya “muy creyentes” y no pedir al Señor que nos aumente la fe: “Creo, Señor, pero aumenta mi fe” (Mc 9,24).*
- *Examinamos si la meta: la vida dentro del misterio de Dios Trino, nos “atrae” realmente o queda fuera de nuestros “proyectos de vida”, como algo que no nos influye realmente. Por la fe, participamos en la vida misma de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Recordamos las palabras de Jesús: “si alguien me ama, vendremos a Él y haremos morada en él” (Jn 14,23).*

El camino de la fe, para el encuentro con Cristo

2. Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuen-

tro con Cristo. En la homilía de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: «La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud»[1]. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado[2]. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *Camino de la fe y encuentro vivo con Cristo. La meta del acto de fe es encontrarnos con Jesucristo. Estamos totalmente de lleno en uno de los “ejes” de Aparecida: El encuentro personal con Cristo. Sin este encuentro, no pasamos de bautizados a discípulos.*
- *Un camino salvador: “rescatar a los hombres del desierto y conducirlos a la vida”. Al Papa le gusta mucho hablar de “los desiertos” personales. Son aquellas zonas de nuestra vida que aún no han sido “fecundadas por la gracia”. Examinó mis “desiertos personales”.*
- *No dar como supuesto, sino hacerlo explícito, que la fe es la fuente de todos los compromisos creyentes. ¿Tenemos que comprometernos con la vida? SÍ. Y lo más hermoso es que la raíz de ese compromiso es nuestra propia fe. No tenemos que pedir prestadas otras motivaciones. Es la misma fe que tenemos la que nos lleva al compromiso.*
- *La crisis de fe se manifiesta, especialmente, en la falta de evangelización de la y de las culturas. Cuando logramos evangelizar las culturas (hacer que sean más conformes al Evangelio) es mucho más fácil “respirar” la fe. Cuando las culturas pierden la inspiración evangélica, muchas veces tenemos que “nadar contracorriente”.*

Interiorizando...:

- *Examinamos si la fe ha bajado de la cabeza al corazón y va “construyendo vida”. No me es suficiente con “saberme” los contenidos de la fe. Tengo que bajarla al corazón y que, desde ahí, influya en mis comportamientos.*
- *Examinamos si la fe se nos convierte en “espacio de vida” al que podemos invitar a quienes andan por “desiertos de muerte”. La fe nos hace crecer, madurar y vivir en plenitud. Es como la milpa que sembramos: que nace, crece y hace de nuestros campos “espacios de vida”. ¡Qué diferencia, cuando hay sequía! Todo parece un desierto.*
- *Examinamos si la fe está en la fuente de nuestros compromisos de vida. Tenemos que decidirnos a los compromisos familiares y sociales. Pero, en un creyente, la raíz de ese compromiso es la fe. A más fe, más compromiso.*
- *Examinamos si nuestra acción evangelizadora es individualista (nos interesa sólo “salvar almas”) o intenta llegar a la evangelización de las culturas. Qué debemos cambiar personal y pastoralmente, para que así sea. Para poder “salvar personas”, tenemos que “salvar” las situaciones en que esas personas viven. Ya lo decía el mismo Santo Tomás: “no se pueden evangelizar estómagos vacíos”.*

Un nuevo gusto por la Palabra y la Eucaristía

3. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. *Mt* 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. *Jn* 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. *Jn* 6, 51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (*Jn* 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (*Jn* 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: «La

obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *La fuerza testimonial de las dos imágenes de Jesús: la sal y la luz. Las dos son imágenes misioneras y muy estimulantes. Si la sal se vuelve sosa, ya lo sabemos: la comida queda sin sabor; si la luz se apaga, vivimos en las tinieblas. Nuestra fe tiene que “dar al mundo el sabor de Cristo” y tiene que ser una verdadera iluminación de la totalidad de nuestra vida. Las curaciones de ciegos por parte de Jesús nos enseñan que nos es necesaria la “iluminación” de toda nuestra vida. No pueden quedar “rincones oscuros”, de espaldas al Evangelio.*

- *La necesidad de responder con la evangelización a las ansias más íntimas y a los deseos más hondos de la gente. La evangelización, cuando es verdadera, no es nunca como un “añadido” que externamente colocamos a las personas. Como quien tiene un sombrero que se lo pone y se lo quita cuando le conviene.*

La evangelización llega a tocar los problemas y aspiraciones más íntimas de la gente. Decía Pablo VI, en Evangelii Nuntian-di: la evangelización tiene que “alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (nº 19)... Y añadía: lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de la manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces – la cultura y las culturas del hombre” (nº 20)

- *Los dos grandes alimentos de la vida del creyente: la Palabra y la Eucaristía. La “mesa de la Palabra” y la “mesa de la Eucaristía” se nos sirven cada vez que celebramos la Misa. Nos ocurre, sin embargo que, muchas veces, somos oyentes “olvidadizos”. Lo expresa muy bien la carta de Santiago: “porque si uno es oyente del mensaje y no lo practica, se parece a aquel que se miraba la cara en el espejo: se observó, se marchó y muy pronto se olvidó de cómo era” (1,23-24).*

Y la Eucaristía hay que celebrarla con autenticidad, no por un simple cumplir. Escuchamos a San Pablo: “quien come el pan y bebe la copa del Señor indignamente, comete pecado comete pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor... Quien come y bebe sin reconocer el cuerpo del Señor, come y bene su propia condena” (1Cor 27.29)

- *La Eucaristía como “impulso de misión” (“trabajen por el pan que no perece”). El impulso misionero de la Eucaristía se expresa muy bien en el Evangelio de San Juan como entrega para la vida del mundo: “el pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne” (Jn 6,51).*

Interiorizando...

- *Examino si, con mi testimonio, voy siendo sal y luz. O tengo la fe tan apagada que ni sala ni alumbra..., casi como si no la tuviera. Al final, no se nota en nada el hecho de que soy creyente. Soy como la demás gentes, incluso no creyente, en mi manera de pensar, en mis juicios, en los intereses que mueven mi vida...*
- *Examino si mi fe llega a todo lo que soy y lo que hago, de tal manera que despierta en los demás el deseo encontrar, por el mismo camino, respuesta a los interrogantes humanos que compartimos. Para eso, tengo que estar muy cercano a la gente. No comparto mi fe con los ángeles, sino con las personas que son compañeras del camino de la vida.*
- *Examino mi relación con la Palabra y la Eucaristía: rutina, convicción, hacer por hacer, escuchar por escuchar, encuentro real, “complicidad con el Señor”... No podemos quedarnos con decir: “tenemos la Palabra y la Eucaristía”. Nos tenemos que preguntar: ¿qué significa en nuestras vidas escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía? ¿Son realidades transformadoras, o nos dejan igual que estábamos?*

Volver a descubrir la fuerza y la belleza de la fe

4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un *Año de la fe*. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del

Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II,[3] con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis[4], realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica. Y precisamente he convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en el mes de octubre de 2012, sobre el tema de *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe. No es la primera vez que la Iglesia está llamada a celebrar un *Año de la fe*.

Mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, proclamó uno parecido en 1967, para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio. Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese «una auténtica y sincera profesión de la misma fe»; además, quiso que ésta fuera confirmada de manera «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca»[5]. Pensaba que de esa manera toda la Iglesia podría adquirir una «exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla»[6]. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar en aquel Año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente. Ésta concluyó con la Profesión de fe del Pueblo de Dios[7], para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *Los dos acontecimientos que han influido en el Papa para declarar este Año de la fe: los 50 años de la inauguración del Concilio Vaticano II; los 20 años del Catecismo de la Iglesia Católica. En el mismo contexto, la convocatoria del Sínodo sobre “la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe”. El recuerdo de acontecimientos pasados no es sólo para “que*

no se nos olviden”, sino para volver a retomarlos con el mismo espíritu y convicción con que nacieron.

- *La finalidad es introducir a toda la Iglesia en un tiempo especial de reflexión y redescubrimiento de la fe. Una fe no reflexionada se queda en fe infantilizada; una fe no redescubierta se queda en una fe no actualizada.*
- *No es el primer Año de la Fe que se convoca en la Iglesia: Pablo VI había convocado otro, en 1967.*
- *Aquel Año de la Fe concluyó con una profesión de fe del Pueblo de Dios, para testimoniar que los esenciales contenidos de la fe tienen necesidad de: ser reafirmados; - ser comprendidos; - ser profundizados de manera siempre nueva; - con la finalidad de dar un testimonio coherente en condiciones históricas, distintas del pasado. Necesidad de una “fidelidad creativa”.*

Recordamos, también, la reflexión de Pablo VI: “en el mensaje que anuncia la Iglesia hay ciertamente muchos elementos secundarios, cuya presentación depende, en gran parte, de los cambios de circunstancias. Tales elementos cambian también. Pero, hay un contenido esencial, una sustancia viva, que no se puede modificar ni pasar por alto, sin desnaturalizar gravemente la misma evangelización” (EN 25)

Interiorizando...

- *Mi fe tiene necesidad de ser reflexionada (tengo que saber dar “razón de mi esperanza”) y ser descubierta de nuevo (puede estar dormida o infantilizada o ser nostálgica del pasado...). No me puedo quedar con lo que aprendí en la primera comunión, y no puedo tener mi fe “almacenada”, como “en conserva”: necesito una fe activa y viva.*
- *Para tener una “fidelidad creativa”, necesito: - tener una clara visión de Aquél a quien tengo que ser fiel y de aquello a lo que tengo que ser fiel. La formación en la fe es una de las grandes carencias de nuestra situación religiosa; - tener la suficiente creatividad no para “inventar” nuevas verdades, sino para presentar las verdades de siempre de una manera diferente. Los*

nuevos lenguajes, de los que habla Aparecida; el “nuevo ardor, el nuevo fervor, los nuevos modos de expresión” de los que tanto hablaba Juan Pablo II, para decirnos qué es la “nueva” evangelización: no es un “nuevo evangelio”; es una “nueva forma” de presentarlo en nuestro mundo de hoy.

Para conmemorar los 50 años de la apertura del Vaticano II

5. En ciertos aspectos, mi Venerado Predecesor vio ese Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar»[8], consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación. He pensado que iniciar el *Año de la fe* coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»[9]. Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»[10].

Aspectos que pueden subrayarse:

- *Se centra en la ocasión para el año de la fe: los 50 años de la apertura del Concilio.*
- *Se toman afirmaciones sobre el Concilio, de Juan Pablo II: - los textos conciliares no pierden su valor ni su esplendor; - necesidad de leerlos de manera apropiada y de que sean conocidos y asimilados: -el Concilio es la gran gracia de la que se ha beneficiado la Iglesia del s. XX; - El concilio es una brújula para orientarnos en el camino del s. XXI.*

- *Afirmaciones de Benedicto XVI sobre el Concilio: - necesitamos leerlo y acogerlo desde una interpretación correcta; - cumplida esa condición, puede y debe llegar a ser una gran fuerza de renovación de la Iglesia, siempre necesaria.*

No podemos recordar el Concilio, sin la convicción de que la Iglesia debe estar siempre en permanente reforma (la “conversión pastoral” de la que nos habla Aparecida).

Interiorizando...

- *Mi postura con relación al Vaticano II: ¿lo considero como un acontecimiento del pasado o como acontecimiento vivo y aún actual? ¿Soy de los que digo: “el Concilio, gracias a Dios, ya pasó”? ¿Siento necesidad de retomar su lectura y de renovar mi recepción de él? Tengo que comenzar, preguntándome: yo, cristiano del siglo XXI, ¿he realizado alguna vez una lectura comprensiva de los textos del Vaticano II?*
- *Se dieron lecturas no correctas del Concilio; pero, “el abuso no quita el uso”. Aquellas lecturas no correctas, ¿me llevan al rechazo práctico del Concilio?... Porque, puedo siempre leerlo y aplicarlo desde una “interpretación correcta”. El que algunos o hayan leído y aplicado incorrectamente no es razón para decir: “el Concilio ya no sirve”.*
- *En cuestión de “interpretación del Concilio”, ¿voy a mi aire, o busco introducirme en la transmisión viva de la Iglesia? Las cosas que, en la Iglesia, hacemos “por nuestra cuenta y riesgo” no ayudan a la hermosa experiencia de la comunión eclesial.*

Invitación a la conversión personal y pastoral

6. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (*Hb* 7, 26), no conoció el pecado (cf. *2 Co* 5, 21), sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo (cf. *Hb* 2, 17),

la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación. La Iglesia continúa su peregrinación “en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios”, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. *1 Co* 11, 26). Se siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo, con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz»[\[11\]](#).

En esta perspectiva, el *Año de la fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. *Hch* 5, 31). Para el apóstol Pablo, este Amor lleva al hombre a una nueva vida: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (*Rm* 6, 4). Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» (*Ga* 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (cf. *Rm* 12, 2; *Col* 3, 9-10; *Ef* 4, 20-29; *2 Co* 5, 17).

Aspectos que pueden subrayarse:

- *El párrafo se orienta muy claramente a la “conversión pastoral”, la renovación de la Iglesia, que se basa en el testimonio ofrecido por la vida de los creyentes (conversión personal).*
- *La Iglesia es santa, pero siempre necesitada de purificación, por lo que busca siempre su conversión y renovación...*
- *La manifestación que hace de Jesús, mientras que es peregrina, la hace la Iglesia, a veces, entre sombras, pero con la fidelidad que la lleva a la plena manifestación de la luz.*
- *El Año de la fe, se convierte así en una “invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo”.*

- *El amor salvador, que hemos recibido nos lleva a una vida nueva, plasmada en la resurrección. Pero, hasta llegar a la resurrección, va progresivamente transformando y renovando los pensamientos, los afectos, la mentalidad y los comportamientos del hombre*
- *La “fe que actúa en el amor” se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre.*

Interiorizando...

- *Examino mi disponibilidad concreta a la conversión, tanto personal como pastoral. Desde la gracia de Cristo, opto por el cambio de todo aquello que personalmente me aparta de Él y de los hermanos y por el cambio de los “modelos pastorales” que no provoquen la adhesión a la fe en Jesús.*

Todos necesitamos la conversión personal y la conversión pastoral, que implica “escuchar con atención y discernir lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias, a través de los signos de los tiempos” (DA 366)

- *Si la Iglesia, que es santa, está necesitada de purificación constantemente, ¡cuánto más lo estará mi Parroquia, mi Movimiento, mi Asociación! Pertenece a una Iglesia peregrina y, con ella, hacemos camino; no hemos llegado a la meta.*
- *Examino si entro al Año de la fe sólo pensando en “verdades que estudiar” o también en vida personal y pastoral que convertir.*
- *El cambio al que me llama la fe es hondo: un criterio nuevo de pensamiento y de acción. Por ahí iría la coherencia entre la fe y la vida. El creer es un “acto unitario”: no puedo creer por un lado y vivir por el lado contrario. No podemos hacer como dos niveles en la construcción de nuestra vida: un nivel para vivir (...como la demás gente) y otro nivel para creer.*

Urgidos por Cristo a evangelizar

7. «*Caritas Christi urget nos*» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él

nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar.

La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo»[12]. El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios.[13] Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *El Año de la fe tiene que ver también con la evangelización: el amor de Cristo nos impulsa a evangelizar a los hombres y mujeres de nuestra generación.*
- *Necesidad, hoy, de un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva Evangelización y del compromiso misionero. Recordamos que Aparecida nos dice que la dimensión misionera es un eje transversal de toda la pastoral de la Iglesia y que ninguna comunidad debe excusarse ante las exigencias prácticas de una renovación misionera (DA 365).*

- *La fe crece en la medida en que somos capaces de compartirla: abre el corazón y la mente de los que escuchan, para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra y ser sus discípulos. Nos lo recordó también Aparecida: conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; transmitir este tesoro es el encargo que hemos recibido del Señor (DA 18).*
- *La fe sólo crece y se fortalece creyendo, abandonados en un amor que se experimenta siempre más grande, porque procede de Dios.*

Interiorizando...

- *Si examino guardo mi fe para mí mismo o estoy dispuesto a compartirla en un verdadero acto de testimonio y misión. Como Iglesia latinoamericana, estamos inmersos en un llamado muy serio de misión: “salir de la comodidad, del estancamiento y de la tibieza, al margen de los pobres” (DA 362)*
- *Examino si “oculto” mi fe, porque me falta la vida, y me da pena de que me señalen como un mal creyente: de los que dicen, pero no hacen. Hay mucha gente que no quiere aparecer ante los demás como creyente en Cristo. Como que les diera pena ¿Será para que la gente no me señale mis incoherencias?*
- *Examino si me he unido con ilusión a la tarea de la Misión, con el deseo de compartir lo que yo mismo he recibido: el mejor regalo, mi propia fe. No estaría bien apuntarnos a una “pastoral de conservación” y olvidarnos de la necesidad de una “pastoral decididamente misionera” (DA 370)*
- *Examino si mi fe se me está quedando pequeña y me está aislando, porque no soy capaz ni valiente para compartirla...*

Adhesión al Evangelio, consciente y vigorosa

8. En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar el don precioso de la fe. Queremos celebrar este Año de manera digna y fecunda. Habrá

que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este *Año*, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *La celebración del Año de la fe ha de hacerse “de manera digna y fecunda”. No se trata simplemente de un evento externo. La dignidad y fecundidad de celebrar el año de la fe viene dada por actitudes que la hagan más personal, más responsable, más comprometida.*
- *Tendremos que reflexionar más hondamente sobre nuestra fe. La finalidad es que nuestra adhesión a Cristo sea más consciente y vigorosa. No podemos creer sólo por tradición (porque siempre se ha hecho así, porque así lo creyeron nuestros abuelos...). Necesitamos personalizar la fe, para responder a los retos de nuestra sociedad moderna.*
- *Es preciso también “confesar” la fe. La unidad de confesión manifiesta nuestra “comunidad eclesial”. Por eso, estamos llamados a realizar esa confesión (nuestro “Credo”) en todos los niveles de realización eclesial.*

Interiorizando...

- *La dignidad y fecundidad de nuestra celebración del Año de la fe nos pide colocarnos en “procesos de crecimiento creyente” y no en meros eventos... ¿Estoy dispuesto? ¿Me voy a apuntar sólo a las celebraciones externas, o voy a “repasar” mi fe con un corazón convertido y abierto?*
- *La reflexión sobre nuestra fe (que tiene aspectos doctrinales) se propone, sin embargo, algo que abarca mucho más: una adhe-*

sión a Cristo más consciente y vigorosa... Hoy más que nunca, necesitamos una fe personal, convencida, lejos de toda rutina o mero costumbrismo... ¿Cómo ir avanzando hacia una fe más personal y menos sociológica? Le fe no es una mera apariencia; es una nueva construcción de mi vida ¿Hasta qué punto las dimensiones más importantes de mi ser y de mi comportamiento están fundadas en la fe?

- *La “confesión de nuestro Credo” es una gran oportunidad de “comuniión” de toda la Iglesia. La vamos a hacer muchas veces a través de este Año, ¿cómo sacarla de la rutina? Que de la abundancia del corazón hable la boca. ¿Cómo ir avanzando en esa abundancia del corazón? La “comuniión en la misma fe”, ¿cómo puede ayudarnos a reforzar la comuniión al interior de nuestra Iglesia? ¿Podemos estar tan religiosamente dispersos quienes confesamos el mismo Credo?*

La confesión de la fe, compromiso y comuniión

9. Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza»[14]. Al mismo tiempo, esperamos que el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada[15], y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año.

No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el *Credo*. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un *sermón* sobre la *redditio symboli*, la entrega del *Credo*, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis

que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón»[16].

Aspectos que pueden subrayarse:

- *Una “confesión de la fe” plena, renovada, convencida, confiada y esperanzada. Lejos de toda “confesión de fe” parcial (las verdades que me interesan), nostálgica (hay que volver a lo de siempre), superficial (basta recitar con los labios), de puro trámite (no me juego nada en el Credo), sin horizontes (no me abro más allá del presente, que es lo que en realidad cuenta para mí).*
- *Relación de la confesión de fe con su celebración en la Liturgia, especialmente en la Eucaristía. No separar lo que creemos y lo que celebramos. Las celebraciones son siempre “celebraciones de fe”, no “celebraciones por costumbre” o “celebraciones puramente sociales”.*
- *Una confesión de la fe que se traduzca en un testimonio de vida de los creyentes, cada vez más creíble. La fe necesita “credibilidad”. Y no hay mejor credibilidad que el testimonio.*
- *Fe profesada, celebrada, vivida, rezada, reflexionando en el mismo “acto de creer”.*
- *Este era el sentido, en los primeros siglos del cristianismo, de la obligación de aprender de memoria el Credo.*

Interiorizando...

- *Examino si se me ha metido la “rutina” en la “confesión de la fe”..., y cuando recito el Credo, lo hago solamente pronunciando palabras. Sin implicación personal y sin convencimiento.*
- *Son muchas las veces en que “confieso la fe” en la liturgia, especialmente en el Credo de la misa dominical, ¿con que conciencia de la relación entre “confesión de fe” y “celebración de fe”? ¿Son mis celebraciones verdaderas “celebraciones de fe”, o me quedo en la obligación de celebrar, o en la celebraciones por puros motivos sociales?*

- *¿Siento una verdadera comunión con todos los creyentes que recitamos el mismo Credo? ¿Me ayuda a percibir la universalidad de mi fe? ¿Me siento unido a todos los creyentes y comunidades que, aprendiéndolo de memoria, podemos recitar de corazón el mismo Credo? ¿Cómo debería influir la confesión del mismo y único Credo en la construcción de una comunión más fuerte entre todos los miembros, asociaciones, movimientos y grupos de nuestra Iglesia?*

Los contenidos de la fe y el acto de fe

10. En este sentido, quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. *Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo.

A este propósito, el ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (*Hch* 16, 14). El sentido que encierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios.

Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar

a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”»[17].

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor[18].

Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre»[19]. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido[20]. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *La distinción entre el “acto de fe” y los contenidos de fe. El acto de fe es la entrega total y libre de todo lo que somos a Dios. Pero, acto de fe y contenidos de fe no pueden separarse.*
- *El Papa ve reflejada esa unión en el texto de Pablo: “con el corazón de cree y con los labios se profesa” (Rom 10,10) y lo ve*

confirmado en el ejemplo de Lidia: “el Señor le abrió el corazón, para que aceptara lo que le decía Pablo” (Hch 16,14): el contenido de las verdades no es suficiente, si el corazón no está abierto a la gracia. La fe no se nos queda en palabras “creyentes”; está llamada a hacer un “corazón creyente”.

- *La “profesión con la boca” indica también que la fe implica un testimonio y un compromiso público. En contra de la tendencia a la “privatización” de la fe: el cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe tiene necesariamente repercusiones en la vida pública.*
- *Por ser un acto de la libertad, la fe exige también una responsabilidad social de lo que se cree.*
- *Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.*
- *La misma profesión de fe es, a un tiempo, un acto personal y comunitario. El primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad, recibimos el bautismo, entrando así a la comunidad de los que creen. Por eso, decimos “creo” y “creemos”.*
- *¿En qué creemos? En la fe de la Iglesia. De ahí la importancia de conocer los contenidos de la fe. Porque no creemos por nuestra propia cuenta, sino con y en la fe de la Iglesia. El conocimiento de la fe no es parcial (escojo lo que me interesa), ese conocimiento nos introduce en la totalidad del misterio salvador de Dios. Al creer, aceptamos libremente todo el misterio de la fe.*
- *Es preciso que miremos con simpatía y cercanía a muchas personas que no reconocen dentro de ellas y para ellas el don de la fe, pero que buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un verdadero “preámbulo de la fe”, como su “antesala”, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios.*

Interiorizando...

- *Examino si confundo mi fe con el hecho de “saber muchas cosas”, pero sin preocuparme de que esas cosas que sé pasen a*

mi corazón. Se puede saber mucha teología (tener muchos conocimientos acerca de Dios), pero no vivir una vida teológica (conforme a la fe que se profesa, en la entrega generosa a Dios).

- *Examino si pienso que la fe es un asunto puramente privado que no debe tener ningún tipo de reflejo en los aspectos sociales de mi vida (familia, trabajo, política, economía...). Esta manera de pensar, que se llama “la privatización de la fe” (algo así como “allá usted con su conciencia...”) se nos mete con tanta facilidad que nosotros mismos llegamos a pensar que la fe nos sirve sólo para “arreglar” nuestros asuntos con Dios. Y ¡nada más!*
- *Examino si me doy cuenta de que una verdadera “confesión de fe” es profundamente misionera. No creo “en solitario”, sino que creo personalmente, pero “en comunidad”. “Esta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia”... ¿me lo creo de verdad? ¿O ando por ahí inventándome verdades que no corresponden a la fe de la Iglesia de la que soy miembro? Parece mentira, pero es muy fácil “inventarse verdades” (sobre todo, en quienes se dedican a la predicación), porque “a la gente les gustan”.*
- *Examino si doy importancia a los contenidos de la fe, que no son mis contenidos, sino los contenidos de la fe de la Iglesia. A veces, no llegamos a los contenidos de la fe eclesial, pero, a veces, nos pasamos, y hacemos a la gente creer en cosas que no pertenecen a la fe de la Iglesia (mucha gente confunde eso con “creer más”).*
- *Examino si, desde mi fe, estoy cercano a quienes, aun no siendo creyentes, buscan con sinceridad el sentido de su vida... A veces, somos muy cerrados y no abrimos el corazón a quienes sinceramente están buscando a Dios, aunque no lo sepan... No vale decir: yo me junto sólo con los católicos ¡Qué actitud tan poco misionera!*

El Catecismo de la Iglesia, ayuda preciosa e indispensable

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio

Vaticano II. En la Constitución apostólica *Fidei depositum*, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el beato Juan Pablo II escribía: «Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial»[21].

Precisamente en este horizonte, el *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.

En su misma estructura, el *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del *Catecismo* sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *El Catecismo de la Iglesia católica es una ayuda preciosa e indispensable. Uno de los frutos más importantes del Vaticano II. Una aportación importantísima a la obra de renovación eclesial.*
- *En el Año de la fe, tenemos un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales del Catecismo, que ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina.*

- *Su misma estructura hace que se aborden hasta los grandes temas de la vida de cada día... Todo lo que se presenta no es teoría, sino encuentro con una Persona que vive en la Iglesia... La enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere pleno sentido, cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.*

Interiorizando...

- *Cómo es mi relación práctica con el Catecismo de la Iglesia. Si descubro su importancia para la renovación de la vida de la Iglesia. ¿En qué aspectos fundamentales descubro esa importancia? ¿Lo tengo? ¿Lo he estudiado? ¿He confrontado mis contenidos de fe con los contenidos que me transmite el Catecismo?*
- *Año de la fe y Catecismo de la Iglesia Católica. ¿Cómo acojo al llamado para el estudio de sus temas fundamentales? ¿Cómo lo pongo en relación con la fe de toda la Iglesia a través de los tiempos? ¿Me encuentro dentro de esa corriente de historia de fe eclesial, o es para mí un texto frío, destinado al puro conocimiento de verdades?*
- *¿Comprendo los elementos pedagógicos de la estructura en que está construido el Catecismo? Repaso esa estructura y trato de buscarle su hilo conductor.*

El Catecismo, apoyo para los transmisores de la fe

12. Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural. Para ello, he invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una *Nota* con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este *Año de la fe* de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar.

En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de inte-

rrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad[22].

Algunos aspectos que pueden subrayarse:

- *La importancia de una familiaridad con el Catecismo por parte de todos los transmisores de la fe. Se trata de una sólida formación en la fe, tan importante en nuestro contexto cultural. El “saber dar razón de nuestra esperanza”. Es el instrumento que tenemos más a mano para no sentirnos en el vacío, cuando nos toca compartir acerca de nuestra fe: ¿qué creemos?, ¿por qué lo creemos?, ¿Para qué lo creemos?*
- *En el ámbito de la sociedad y la cultura, la fe se encuentra sometida a nuevos interrogantes. El más fundamental es que, hoy, se pretende que las cosas “ciertas” sean solamente las que puede demostrar la razón o se derivan de los logros científicos y técnicos. Fuera de esas certezas (y la fe está fuera de esas certezas), hay mucha gente que defiende que no hay que buscar otras. No habría, por tanto, que buscar la fe como fuente de certeza para cosas importantes en la vida.*

Interiorizando...

- *Examino como catequista, predicador, encargado de alguna pastoral, dirigente de algún Movimiento o Asociación..., si trato de caer en la cuenta de la importancia que tiene mi intento serio de asimilar el Catecismo de la Iglesia Católica. Habrá cosas que no comprenderé a la primera. Repito su lectura, pregunto, comparto con otros... Pero, si soy transmisor de la fe, no puedo transmitirla a la ligera; y muchos menos, inventar verdades: o por no llegar a los contenidos de fe o por pasarme, dando como contenidos de fe los que no lo son. La responsabilidad es muy grande. La Iglesia pone en mis manos el “tesoro de su fe”... Por eso, nadie debería ser “transmisor/a de la fe” por su cuenta.*

- *En el ambiente social y cultural en que vivimos no puedo presentar una fe infantilizada y poco formada. Mi actitud con el momento actual, social y cultural, no puede ser de confrontación, sino de propuesta. Pero nunca, y menos hoy, vale cualquier propuesta. No puedo pensar que la gente, en su credulidad, está esperando que les diga, desde la fe, las cosas más raras y esotéricas. Y si fuera eso lo que esperan, tengo que ser consciente de que no lo pueden esperar de la fe Ni puedo poner mi transmisión de la fe al servicio de la superstición o de la magia o de las cosas esotéricas que tanto le gustan a la gente..*

La santidad y el pecado en la historia de nuestra fe

13. A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.

Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario

(cf. *Jn* 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. *Mt* 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. *Lc* 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. *Jn* 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. *Hch* 2, 42-47).

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. *Lc* 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *Hacer un recorrido de la historia de nuestra fe. En ella se entrecruzan la santidad y el pecado. La santidad estimula el compromiso de vida. Frente al pecado, debemos tener un sincero acto de conversión.*
- *La mirada se nos va hacia Jesucristo, “que inició y completa nuestra fe”: en Él encuentra cumplimiento todo afán y anhelo del corazón humano. Él ha compartido nuestra debilidad (encarnación). Y esa debilidad ha sido glorificada (resurrección).*
- *Desde Jesucristo se iluminan plenamente los ejemplos de fe: - la fe de María, en todos los momentos de su acompañamiento de Jesús y del nacimiento de la Iglesia; - de los Apóstoles: llamados, seguidores, testigos, misioneros; - de los Discípulos: constructores de las primeras comunidades cristianas, dando el testimonio del amor y de la comunión de bienes; - de los mártires: testigos privilegiados de la verdad del Evangelio; - de los consagrados/as, por la radicalidad de su entrega; - de muchos cristianos comprometidos con la promoción de la justicia: acercando la Palabra a la vida, haciéndose, en Jesús, liberación para los oprimidos; - multitud de hombres y mujeres, con el testimonio de su vida en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban...*
- *Nosotros: también vivimos por la fe: reconocemos a Jesús presente en nuestras vidas y en la historia. Somos, por gracia, un eslabón de esa hermosa cadena de la transmisión.*

Interiorizando...

- *Pienso en mi Diócesis, en mi parroquia, en mi Movimiento, en mi Comunidad, en mi Asociación..., con el realismo de quien sabe descubrir la gracia y el pecado. Agradecemos al Señor todo lo bueno y le pedimos nos ayude a “convertirnos” de lo malo, del pecado, que también se adentra en el corazón de nuestras Instituciones. Hacemos una sana y cristiana autocrítica.*
- *El repaso de la historia de la fe lo sentimos como un fuerte estímulo, para continuar en nuestras vidas concretas la historia*

de los testigos. Tenemos y hemos tenido muchos; entre nosotros, muchos y muchas de ellos llegaron al martirio. Nos estimulan a ser continuadores de la fe que les movió en sus vidas.

- *Consideramos la importancia que tiene ser un eslabón de esa “cadena de testigos de la fe”. Importancia y responsabilidad. No podemos interrumpir, con nuestra pereza o falta de compromiso, el torrente de fe que está llamado siempre a crecer. Sentimos pena de que el torrente, por nuestra falta de entusiasmo creyente, se vaya convirtiendo tantas veces en un hilo de agua, que no riega ni fecunda nuestra historia, se nos queda sólo al interior de nuestros templos.*

La fe y el testimonio de la caridad

14. El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes —que siempre atañen a los cristianos—, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (St 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras suyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permi-

te reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).

Aspectos que pueden subrayarse:

- *El año de la fe es inseparable de la intensificación del testimonio de la caridad.*
- *Lectura y comentario compartido sobre 1Cor 13 (el himno a la caridad) y la carta de Santiago (2,14-18): “la fe, si no tiene obras por dentro, está muerta”.*
- *La fe sin la caridad no da fruto; la caridad sin la fe se reduce a simple humanitarismo (válido en sí, pero insuficiente para un cristiano). La fe y el amor se necesitan mutuamente.*
- *Hay muchos cristianos, dedicados con amor, a los más empobrecidos y necesitados... Los empobrecidos y más necesitados son para nosotros “rostro de Cristo”. Comentamos Mt 25, 31-46. De este texto, había dicho Juan Pablo II: “Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (NMI 49).*
- *Desde la fe, miramos con esperanza nuestro compromiso en el mundo. Una esperanza “activa”. No esperamos que “Dios nos arregle el mundo”. Estamos conscientes de que “nos da fuerza, para que nosotros lo arreglemos”, llevándolo hacia “los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habite la justicia” (2Pe 3,13).*

Interiorizando...

- *Examino si soy propenso/a a separar la fe de la caridad. Me estaría instalado en la incoherencia entre fe y vida. Es una tentación muy frecuente y, muchas veces, caemos en ella. Esa incoherencia se convierte, a veces, en desprestigio para la propia fe.*

- *Saco conclusiones concretas para mi vivencia de la fe de la lectura del Himno de la Caridad en 1 Cor 13, y del texto de Santiago 2,14-18. Añado algunos textos (que busco) de la Primera Carta de Juan.*
- *Examino si mi fe concreta es una verdadera fuente de entrega a los más empobrecidos y necesitados. Si creo en Dios Padre, creo que todos somos hermanos; reconozco que no vivimos como hermanos y me propongo caminar hacia una fraternidad cercana y comprometida con todos: la “vida plena y digna para todos”, de la que nos habla Aparecida).*
- *Examino mi relación con Jesús, a través de mi relación concreta con los necesitados, desde una lectura serena y compartida de Mateo 25, 31-46.*
- *La seguridad de las promesas de Dios, ¿crean en mí pasividad, esperando que todo lo haga Él? ¿Me entrego en una esperanza activa, que se resumiría en el refrán: “a Dios rogando, y con el mazo dando”? La esperanza cristiana es una fuerza para el compromiso; no es el pretexto para cruzarme de brazos, porque, como “tengo tanta fe”, Dios me lo va a hacer todo.*

Por la fe, signos vivos del Resucitado en el mundo

15. Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía

de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9).

La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son prelude de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.

Aspectos que pueden subrayarse:

- *En materia de fe, hay que quitarse la pereza. No vale la dejadez y que Dios lo vaya haciendo todo, cuando quiera y como quiera...*
- *La fe nos compromete a convertirnos cada uno en signo de la presencia de Jesús en nuestro mundo, hoy. Es una hermosa manera de describir nuestra vocación de creyentes.*
- *El mundo necesita el testimonio creíble de quienes, con su vida y su palabra, saben abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, que no tiene fin.*
- *Para que ese testimonio sea creíble tiene que abarcar la vida entera del creyente: fieles a Jesús “en las duras y en las maduras”. Se hace un comentario de 1,6-9 de la Primera Carta de Pedro.*

- *La fe no nos hace “parar de sufrir”: en nuestra vida hay alegría y sufrimiento; dolor y gozo, soledad y compañía... Pero, en muchas ocasiones, nos duele también el “silencio de Dios”. Mirada a la cruz con una segura confianza. Con una esperanza “confiable” (es Dios quien promete un cambio de la situación). De ninguna manera entenderíamos ese cambio, si no contamos en nuestra experiencia de vida, con la vida eterna.*

Interiorizando...

- *¿Soy perezosa en las cosas de la fe? ¿Me dejo llevar de mis estados de ánimo? Me planteo bien mi fidelidad para los momentos en los que la fe me sea difícil. “Ser fieles en la oscuridad a lo que se ha visto claro en la luz”.*
- *¡Qué hermoso, si la fe me llevara a hacer presente a Jesús para los demás! La fe me tiene que ir haciéndolo cada vez más parecido a Jesús, de modo que quien me mire a mí pueda verlo a Él.*
- *Cuando la fe la reduzco a magia o a superstición o a mera credulidad...me puede parecer que soy el más o la más creyente, pero no es así. Con ese tipo de comportamientos puedo estar apartando a mucha gente de Dios. Mi testimonio de fe no es entonces creíble.*
- *De una vez por todas, tengo que plantearme en serio que no busco a Dios para “parar de sufrir”, sino para aprender a sufrir. Tengo que hacerme “discípulo de la cruz”, para aprender que sólo a través de ella voy a la luz.*
- *El silencio de Dios lo percibo todas las veces en las que me parece que está lejano de mí, que no me hace caso, que no le importo nada, que no me escucha... Tantas veces como me salen también a mí las palabras de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”... Entonces, ¿qué?: “a tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”: “como niño en brazos de su madre”.*

Confiemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), este tiempo de gracia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.

BENEDICTO XVI

- [1] *Homilía en la Misa de inicio de Pontificado* (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 710.
- [2] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa en Terreiro do Paço*, Lisboa (11 mayo 2010), en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (16 mayo 2010), pag. 8-9.
- [3] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 113-118.
- [4] Cf. *Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos* (7 diciembre 1985), II, B, a, 4, en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (22 diciembre 1985), pag. 12.
- [5] Pablo VI, Exhort. ap. *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), 196.
- [6] *Ibíd.*, 198.
- [7] Pablo VI, *Solemne profesión de fe*, Homilía para la concelebración en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en la conclusión del “Año de la fe” (30 junio 1968): AAS 60 (1968), 433-445.
- [8] Id., *Audiencia General* (14 junio 1967): *Insegnamenti* V (1967), 801.
- [9] Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 57: AAS 93 (2001), 308.
- [10] *Discurso a la Curia Romana* (22 diciembre 2005): AAS 98 (2006), 52.
- [11] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [12] *De utilitate credendi*, 1, 2.

- [13] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, I, 1.
- [14] Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.
- [15] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 116.
- [16] *Sermo*215, 1.
- [17] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 167.
- [18] Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3009; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 5.
- [19] *Discurso en el Collège des Bernardins*, París (12 septiembre 2008): AAS 100 (2008), 722.
- [20] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1.
- [21] Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992):AAS 86 (1994), 115 y 117.
- [22] Cf. Id., Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998) 34.106: AAS 91 (1999), 31-32. 86-87.

